

**Valores,
pensamiento crítico
y tejido social**

La Educación

Dr. Guillermo Jaim Etcheverry

Dr. Santiago Kovadloff

Dr. Torcuato Di Tella

Dr. Juan C. Tedesco

Mons. Alfredo Zecca

Dra. María A. Gelli

Lic. Daniel Filmus

Dr. Horacio Sanguinetti

YMCA



**ASOCIACION
CRISTIANA DE JOVENES**

Un sistema, una pedagogía y una gestión que orienten el camino hacia una educación superadora

Dr. Juan Carlos Tedesco*

Cuando tratamos estos temas de tanta importancia, pero al mismo tiempo de tanta incertidumbre, creo que nadie puede tener la pretensión de aseverar con mucha seguridad sus afirmaciones. Puedo parecer seguro en lo que digo, pero duden de mis palabras. En realidad creo que estamos frente a un tema en el cual admitir la duda, admitir la pregunta, admitir el intercambio es fundamental. Cuando hablamos de valores, y de enseñanza de valores, todos asumimos que estamos frente a una crisis de los valores o, al menos, aceptamos que algo está pasando con nuestros valores, y que, efectivamente, nos tenemos que hacer esta pregunta. Estimo que las respuestas deben partir del supuesto según el cual estos fenómenos son fenómenos sociales que requieren explicaciones estructurales.

Creo que lo que está pasando – y por eso tenemos todos este sentimiento de crisis – es que la evolución de la sociedad, las transformaciones en la organización del trabajo, las transformaciones en la dimensión política, la evolución de nuestra cultura, están erosionando, están haciendo perder importancia, a todas las instancias tradicionales a través de las cuales cada uno de nosotros construía su identidad. Cuando digo identidad me refiero no sólo a la identidad del tipo nacional, sino también a nivel personal, ¿Quiénes somos? Y en el quienes somos, los valores ocupan un lugar importante.

Tradicionalmente ¿a través de quiénes recibíamos los valores? .

En primer lugar a través de la familia. La familia de hoy está muy lejos de ser la familia de hace cincuenta o cien años atrás, no sólo porque ha cambiado la composición de la familia, con la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, sino que también han cambiado el carácter de los vínculos que definen a la familia. Tradicionalmente, la familia se define por dos vínculos: el vínculo de afiliación y el vínculo de conyugalidad, los cuales eran indisociables. Hoy en día el vínculo de conyugalidad ya no es indisociable, dado que socialmente tenemos evidencias empíricas que muestran que cada vez hay mayor cantidad de separaciones, de divorcios; el padre afectivo puede no ser el padre biológico. Ha cambiado entonces en este sentido el carácter de la familia, con lo cual es mucho más selectiva que antes, pero además ha cambiado la familia como institución transmisora de valores. Está hasta en crisis la idea misma de transmisión. La familia se ha democratizado y hoy hay mucho más intercambio que transmisión. La familia es mucho más un lugar de intercambio de opiniones, de maneras de ver, de sentir y de pensar, que un lugar donde se transmite, porque la transmisión supone la aceptación de cierta asimetría y de cierta autoridad.

La familia actual tiene una tendencia a transformarse en una institución donde se intercambia, donde se negocia, donde se discute, donde la autoridad tiene que ser conquistada, y no existe naturalmente. Entonces es evidente que esto ha erosionado el papel tradicional de la familia como lugar de transmisión de una visión del mundo que se aceptaba

como tal. Y se aceptaba incorporando la figura paterna y la figura materna, con lo cual cualquier cambio en esa constelación de valores aprendida en el seno de la familia era muy difícil porque implicaba una ruptura afectiva con adultos muy significativos, como son el padre y la madre.

Hoy en día los niños y las niñas entran, muy tempranamente en otras instituciones, distintas a las familias. Los adultos significativos empiezan a ser otros y por lo tanto los contenidos de esta socialización primaria se transmiten sin tanta carga afectiva como en el pasado, con lo cual tenemos muchos más márgenes de libertad para cambiarlos, para adoptar otros, pero también muchos más márgenes de incertidumbre, mucho más anomia, mucho más debilidad en ese núcleo duro de la formación ética y personal, que antes.

También han cambiado y se han erosionado factores de transmisión de valores propios de la sociedad, como el de la identidad nacional, por ejemplo. La idea de Nación fue una fuente muy importante de transmisión de valores de la ciudadanía. Nosotros nos identificamos como ciudadanos de una Nación y junto con ello incorporamos valores de lealtad, amor a la patria, damos la vida por la patria, lo cual supone realmente que la carga valorativa ligada a la idea de Nación ha sido muy fuerte. Hoy en día, esta sociedad moderna está poniendo en crisis la idea de Nación. Surgen entidades supranacionales y surgen de nuevo valores locales. La etnia aparece nuevamente como un elemento de identidad, cuando ya todos pensábamos que estaba superado y sin embargo vuelve al erosionarse la idea de Nación. Hay muchos problemas que hoy no se resuelven dentro de las fronteras nacionales y se tienen que resolver a nivel supranacional, y hay muchos valores vinculados a esos problemas, como el cuidado del medio ambiente, la paz, etc. que tienen que ver con una dimensión mucho más de carácter supranacional que lo que existía antes.

También tenemos erosionada esa fuente de valores que tiene que ver con nuestra profesión. También nuestra profesión, la que ejerzamos cualquiera sea, está siempre asociada con ciertos valores: la medicina, la abogacía, la propia docencia. Pero resulta que las profesiones ahora están sometidas a procesos de reconversión permanente, de cambio, de actualización que hacen que también nuestra identidad, desde el punto de vista profesional ya no tenga la fortaleza que tenía en el pasado donde uno se formaba y cuando se formaba ya tenía con esa formación y esos valores, asegurada su vida profesional. Hoy tenemos que estar permanentemente cambiando y actualizándonos, renovándonos.

Entonces, lo que les quiero decir es que estamos ante un fenómeno de debilitamiento, de erosión, de todas estas dimensiones que eran portadoras de sentido, visiones del mundo que incorporábamos desde afuera. Y estamos sometidos a un trabajo mucho más intenso de construcción de valores, de construcción de nuestra propia identidad. Ya no nos viene la identidad y la visión del mundo desde afuera y nosotros la incorporamos como una globalidad, sino que incorporamos fragmentos, incorporamos pequeñas dimensiones y nosotros, cada uno de nosotros, está obligado a hacer un esfuerzo personal para hacer de todo eso una cierta unidad y una visión del mundo. Hay un trabajo mucho más fuerte de construcción de valores y de construcción de aprendizajes. Esta palabra CONSTRUCCIÓN está asociada – los educadores han hablado mucho durante todos estos años del constructivismo y de todas estas teorías – con un esfuerzo personal mucho más fuerte de construcción de nuestra identidad. Y a partir de ahí es que todo se hace mucho más incierto, mucho menos universal, mucho menos paradigmático que antes. Tenemos que convivir con valores diferentes, nosotros mismos cambiamos, y entonces las grandes preguntas que se nos plantean especialmente a los educadores son: ¿Qué papel tiene el educador? ¿Qué papel tiene la escuela? ¿Qué papel le corresponde a las otras agencias de socialización en este proceso de transmisión de valores? ¿Cuáles son estos valores?

Y aquí me atrevería a razonar desde lo que es la actividad educativa.

* Director del Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación (UNESCO)

Y si uno piensa desde la educación cuáles son los pilares, cuales son los objetivos, cuál es la misión de la educación en este mundo actual tan cambiante y tan incierto, puede aceptar –siguiendo un poco los análisis hechos por algunos organismos y algunos intelectuales en este campo– que hay al menos dos grandes pilares de la educación del futuro que pueden sintetizar estos objetivos y del cual podemos deducir con cierta legitimidad el tema de los valores. Estos dos pilares son : “aprender a aprender” y “aprender a vivir juntos”.

El primero, “Aprender a aprender”, sintetiza todo lo que tiene que ver con el desarrollo cognitivo, con el desarrollo de la inteligencia, con el desarrollo de nuestra capacidad para comprender el mundo y para entenderlo y para movernos en él.

El segundo, “Aprender a vivir juntos”, refleja todo lo que tiene que ver con los objetivos sociales de la educación, los objetivos vinculados a la cohesión social, lo que nos une con los demás.

Ahora bien, ¿qué es esto del aprender a aprender? ¿Qué quiere decir esta expresión? Podemos pensar que estamos hablando de lo mismo que antes hablábamos, de transmisión de conocimiento, desarrollo de la inteligencia con un nombre distinto. Pero no es así. Sabemos que la renovación de los conocimientos y de las informaciones ha adquirido una velocidad inédita. Sabemos que las informaciones que tenemos hoy van a ser obsoletas en poco tiempo más y que por lo tanto vamos a estar obligados a aprender a lo largo de toda la vida y que el aprendizaje – y especialmente el aprendizaje escolar– ya no puede ser una etapa de la vida, una fase de nuestro proceso de desarrollo en el cual todo lo que aprendimos ahí nos va a servir después por un largo período de nuestro desempeño profesional o como ciudadanos. Sino que vamos a tener que aprender en forma permanente. Si esto es así, quiere decir que la educación lo que tiene que enseñar es el oficio de aprender, que no es lo mismo que el oficio de alumno. Ser un alumno en este esquema tradicional en muchos casos significa manejar instrumentalmente algunas pautas que permiten salir exitoso de la actividad escolar. Esto no sirve más. Con estos hábitos ya no podemos conducirnos. Tenemos que aprender a aprender. Es decir, dominar las operaciones cognitivas que están detrás del proceso de aprendizaje. Tengo que tener la información, pero tengo que ir un paso más adelante y tengo que saber cuáles son las operaciones que me permiten tener la información y renovarla.

Por eso muchos usan la metáfora del aprendizaje de los oficios tradicionales.

¿Cómo le enseñaba el maestro a su aprendiz un oficio? Mostrándole las operaciones que definen ese oficio, lo que se puede hacer con cada herramienta, las posibilidades de cada material. Pero las operaciones en esos oficios tradicionales son operaciones materiales que yo puedo mostrar, mientras que las operaciones en el oficio de aprender son operaciones mentales. Todo el arte de enseñar ahora significa hacer explícito lo que está implícito : que yo sea consciente de qué operaciones estoy haciendo cuando estoy aprendiendo. Si estoy buscando información, estoy comparando, estoy probando una hipótesis, estoy experimentando. ¿Qué estoy haciendo cuando aprendo? Y no son las mismas operaciones cuando aprendo música que cuando aprendo física o cuando aprendo historia.

Esto modifica mucho el papel del docente que se transforma en un guía, en un acompañante cognitivo, pero también modifica los valores que están vinculados con el aprender a aprender. De este proceso del aprender a aprender se deducen una serie de valores que son muy importantes y que están ligados a la tarea de aprendizaje : la curiosidad, el esfuerzo, el rigor, la sistematicidad, todo eso tiene que ver con la tarea del aprendizaje y es muy importante que nuestras escuelas y que los educadores transmitan estos valores en abstracto, sino en la tarea misma del aprendizaje. No son valores que existen fuera de lo que estamos haciendo, sino que están insertos en lo que hacemos, para evitar esta práctica tradicional en la cual los valores se declaman pero no se aplican. Se habla mucho de los

valores pero no se los practica. La única manera que tengo de transmitir el valor de la curiosidad, el valor del rigor, del esfuerzo es aplicándolo en aquello que estoy haciendo.

Aquí tenemos entonces un eje de discusión de enseñanza de valores que parece importante para la tarea educativa y que, insisto, tiene que ver con esto del desarrollo cognitivo y que puede dar lugar a que nuestras escuelas se transformen en lugares de aprendizaje, lugares donde efectivamente lo que el alumno hace es la experiencia de aprender. Estadísticamente, la experiencia más importante que nuestros alumnos hacen en las escuelas es la experiencia del fracaso escolar, no la del éxito. Les permitimos que hagan la experiencia del fracaso : la repetición, el no aprendizaje, etc. Todo esto significa que efectivamente no estamos enseñando, ellos no están aprendiendo y eso también está asociado con valores.

Para modificar esto se necesita volver a poner en el centro de nuestra actividad la enseñanza, el aprendizaje y el éxito en esa enseñanza.

La otra dimensión es la del aprender a vivir juntos y también aquí cabe la pregunta: ¿Por qué en el siglo XXI tenemos que aprender y por lo tanto enseñar a vivir juntos?

Básicamente la respuesta a esta pregunta deriva de las tendencias que se pueden advertir en la estructura social actual, sometida un poco a estas pautas de la nueva economía, a este nuevo capitalismo basado en el uso intensivo de tecnologías muy sofisticadas de producción, en la erosión del Estado Nacional como entidad que nos agrupa a todos.

Todos estos cambios están provocando un fenómeno que sintéticamente podríamos decir que es la ruptura de la solidaridad orgánica. Los que vienen de las ciencias sociales, de la sociología, seguramente habrán leído a Durkheim, uno de los padres de la Sociología y a los sociólogos de principio del siglo pasado, quienes usaban para hablar de la sociedad la metáfora del organismo. Todavía hoy se suele escuchar hablar del “organismo social”. Cuando uno concibe a la sociedad como un organismo está suponiendo que las partes que componen ese organismo son solidarias entre sí de manera orgánica. Orgánica significa de manera mecánica, automática. La solidaridad que existe entre las partes de un organismo no es una solidaridad consciente. El organismo humano está compuesto por una serie de partes todas solidarias entre sí, pero obviamente no reflexionan, no deciden ser solidarios.

Siempre recuerdo una terrible frase de Pessoa en su libro “El libro del desasosiego” que dice: “si el corazón pensara, se pararía”. Refleja esto la idea de que en el organismo existe esa solidaridad no pensada, no reflexionada, sino automática. Y en la sociedad que hoy vemos como tradicional, es decir en la sociedad industrial capitalista del siglo XX, había altos niveles de solidaridad orgánica, porque todas las partes eran necesarias. Uno podía aceptar o no la división de la sociedad entre explotados y explotadores, pero aún en eso, entre el explotador y el explotado hay un vínculo : los dos son necesarios y uno no puede prescindir del otro. El explotador tenía que garantizar la reproducción del explotado para poder seguir funcionando. Esto es lo que se está rompiendo en esta sociedad.

El fenómeno más importante que ha provocado este desarrollo tecnológico tan avanzado, esta economía que se basa en el uso de tecnologías muy sofisticadas pero que emplea muy poca mano de obra, es que excluye a una parte importante de la población. El término excluye es totalmente distinto al término explota. El excluido ni siquiera es explotado. No es necesario.

Entonces tenemos una sociedad que empieza a generar estos fenómenos crecientes de exclusión, con porcentajes del 10, 15, 20% de población hasta regiones enteras del planeta que se encuentran excluidas, que no cuentan ni como productores ni como consumidores. Entonces, la generación del excluido modifica profundamente nuestra idea de la solidaridad, porque la solidaridad, el vivir juntos, ya no va a ser como antes un producto natural del orden social sino que tiene que ser un producto consciente, voluntario, te-

nemos que querer vivir juntos, tenemos que querer incluir al excluido. Si no se va a incluir, si no hay una voluntad, una decisión, reflexiva, consciente, de crear una sociedad cohesionada donde estemos todos adentro, naturalmente eso no se va a producir.

Por eso es que tenemos que aprender a vivir juntos y hay que enseñar a vivir juntos. Ya no podrá ser un producto natural, mecánico, de la sociedad. Y aquí es donde se abre toda la posibilidad, la perspectiva para definir cuáles son estos valores que nos van a permitir vivir con el otro. Entre los cuales, fundamentalmente, aparece el de la solidaridad, el del respeto al diferente.

Necesitamos volver a instalar patrones de cohesión social que no sean puramente formales, que no sean impuestos sino que sean un producto consciente, reflexivo, de nuestras decisiones.

Hay aquí, insisto, un eje de reflexión para nuestras actividades educativas que pasan por esta necesidad de promover el aprender a vivir juntos. Y claro, no se aprende a vivir juntos simplemente leyendo libros de solidaridad o leyendo libros sobre el otro. En este aspecto tenemos la posibilidad de recuperar la idea de la escuela como un espacio de socialización relativamente artificial, donde podemos programar las experiencias de aprendizaje que tienen lugar en ese espacio. Si queremos promover solidaridad no podemos ajustarnos a las demandas que vengan de afuera, tenemos de alguna forma que compensar con experiencias de socialización escolar los déficits que existen fuera de la escuela. Si fuera de la escuela predomina el individualismo, la competencia salvaje, el todos contra todos, dentro de la escuela tenemos que construir espacios de solidaridad, de trabajo en equipos, de colaboración, de respeto al otro, de encuentro con el diferente. Y esto lo podemos hacer. La escuela en ese sentido es un espacio donde podemos programar lo que pase. Y aquí hay un tema fundamental, porque no sabemos muy bien cómo se enseña esto. Les doy un solo ejemplo que tiene que ver con la solidaridad: Se llevó a cabo una experiencia muy interesante de reunir grupos de alumnos de distintas edades a quienes se les daba simplemente la consigna de hacer un dibujo. Los chicos hacían el dibujo, el maestro seleccionaba uno al azar y decía: "este es el mejor y como es el mejor lo vamos a premiar". Llamaban al premiado y cuando viene a recibir el premio el maestro le explica que uno de sus compañeros está enfermo, que la familia no tiene recursos para los gastos de remedios, etc. que se está haciendo una colecta y le pregunta si él está de acuerdo en ceder el premio para contribuir a esta causa. En un 80, 85% de los casos los chicos premiados aceptan ceder el premio.

Repetimos la experiencia, pero esta vez el maestro les dice que hagan un dibujo y que el mejor va a ser premiado. O sea que hacen el dibujo sabiendo que están compitiendo por un premio. El resto es el mismo: se saca uno al azar, que venga el premiado, le explican la situación y aquí el porcentaje de solidaridad desciende dramáticamente al 15, 20%.

¿Qué nos dice esto?

Nos dice que nuestra concepción, nuestra representación mental de la solidaridad está asociada a aquello que hemos conseguido sin competir, sin luchar por obtenerlo. Cuando lo que tenemos ha sido conseguido porque competimos, ya no somos solidarios.

Si no trabajamos sobre estas concepciones, sobre estas representaciones de base que existen detrás de cada uno de los valores, va a ser muy difícil que los modifiquemos.

Enseñar valores, transmitir valores supone también un fuerte conocimiento del punto de partida. No hay ningún valor en el cual seamos nosotros tábulas rasas, espacios vacíos en el cual no tengamos nada. Cada valor tiene en cada persona una representación, una idea, hay algo ya preformado acerca de ese valor y tenemos que saber cuál es esa representación mental y saber si la queremos reforzar o la queremos modificar. Ignorar este punto de partida puede ser fatal desde el punto de vista de las estrategias que desarro-

llemos desde lo pedagógico para la enseñanza de valores. De manera que, en este sentido es que la pedagogía de la enseñanza de valores tiene que tener reconocimiento del punto de partida, para no seguir haciendo declamaciones sino modificaciones reales

Por otro lado, también sabemos que no podemos pretender transmitir visiones únicas. Vivimos en una sociedad compleja, democrática, donde el tema del respeto a la identidad de cada uno es fundamental de manera que no se trata ya de transmitir valores sino de transmitir la capacidad de construir valores. De transmitir la capacidad de elegir, de tomar decisiones.

Esto nos pone en la disyuntiva de cuánto de básico y cuánto de flexible. Y muchos investigadores sobre este tema apoyan la idea de que no podemos aceptar esto de que todo tiene que ser flexible. Se acepta cada vez más que para poder cambiar, para ser flexible, hay que tener un núcleo duro muy sólido. Sólo el que está seguro de lo propio puede conectarse con lo ajeno. Sólo el que está muy seguro, tiene una autoestima fuerte en lo propio, se anima a cambiar, a conectarse con el diferente, incluso a aceptar que hay visiones distintas. Los fanáticos en este sentido son muy inseguros, tan inseguros son que no se animan al menor contacto con el otro. Entonces no es cierto que haya que renunciar a la idea de que hay algo fijo porque eso va contra el cambio. Todo lo contrario, se puede cambiar a partir de núcleos sólidos, núcleos permanentes.

Nadie puede ser creativo sin ser repetitivo. Si no se domina bien los instrumentos de una disciplina, no se puede crear. Ahora, una cosa es que yo repita y me quede en la repetición y que transmita la repetición como un objetivo en sí mismo, a que ponga la repetición como una fase dentro de un proceso de aprendizaje más amplio que está destinado a promover la creatividad. Entonces tener idea del sentido es crucial en esto.

Y ya que hablamos de sentido, termino con una metáfora que ejemplifica claramente la importancia que tiene para los educadores tener claramente definido cuál es el sentido de nuestras acciones. Tal vez ustedes conozcan esa fábula del peregrino que va camino a la catedral y en el camino se encuentra con un hombre picando piedra con una cara sufrida y muy angustiada al cual el peregrino le pregunta: "¿Usted qué está haciendo?"

Y recibe esta contestación: "Aquí me ve, picando piedras, pero no tengo más remedio que hacer esto porque no tengo otro trabajo. Tengo dolor de espaldas, calor, esto es un desastre..."

Sigue caminando y encuentra otro hombre picando piedras pero con una cara más satisfecha y le hace la misma pregunta, a lo cual recibe esta respuesta: "Bueno, conseguí este trabajo y por lo menos me permite mantener a mi familia, así que estoy bien, estoy satisfecho".

Sigue caminando y se encuentra con otro hombre picando piedra, pero con una cara radiante de felicidad. Ante la misma pregunta la respuesta es: "Estoy construyendo una catedral".

Todos hacen la misma actividad, pero lo que cambia es el sentido. Es ser consciente del sentido de para qué estoy haciendo lo que estoy haciendo. Si en educación logramos transmitirle a las nuevas generaciones la capacidad para que definan su proyecto de vida, es probable que a partir de ahí se ordenen buena parte de todas estas discusiones que tenemos acerca de la formación en valores y también se ordene buena parte del trabajo de nosotros como educadores. Que no perdamos tampoco nosotros el sentido de nuestro trabajo. Y hoy el sentido de nuestro trabajo es crear sentido, es crear la capacidad de que nuestros alumnos sepan para qué están, sepan a dónde quieren ir, qué proyecto de vida quieren tener.